

pudimos al cabo de breves momentos, como dicen los prosistas elegantes, «satisfacer el natural deseo de manjares y bebidas.»

Apenas habíamos tomado asiento, salió por aquella puerta, en dirección al campamento, un escuadrón de jinetes rica y elegantemente vestidos, al cual precedía una vanguardia de soldados á pie.

Eran el gobernador de Mequinez y sus parientes y subordinados.

A unos veinte pasos de la tienda se apearon de sus corceles arreados con jaeces de todos los colores del iris, y se precipitaron hacia nosotros dando sendos gritos de — ¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! — El gobernador era un joven de fisonomía dulce, ojos negros, barba más negra aún; todos los demás, hombres de cuarenta á cincuenta, de elevada estatura, grandes barbas, vestidos de blanco, acicalados y perfumados cual si acabaran de salir de un estuche. Estrecharon la mano á cuantos nos hallábamos sentados en la mesa, dando la vuelta en derredor á paso de contradanza y sonriendo agradablemente, después de lo cual se agruparon detrás del gobernador. Uno de ellos, como advirtiera rodando un mendrugo de pan, recogiólo y lo puso encima la mesa, pronunciando algunas palabras que probablemente querían decir:

— Perdonad: el Corán condena que se eche á perder el pan, y á guisa de buen musulmán, cumplo con mi deber.

El gobernador nos ofreció á todos hospedaje en su morada y fué aceptada la invitación. Los pintores y yo permanecemos en el campamento, esperando para trasladarnos á la ciudad á que menguara el calor.

Selam se quedó con nosotros y nos refirió las maravillas de Mequinez.

— En Mequinez, — nos dijo, — se hallan las mujeres más hermosas de Marruecos, los jardines más bellos de África y el palacio imperial más hermoso del mundo.

Realmente, Mequinez goza en el Imperio esta fama, y así como mequinez es sinónimo de hermosa, mequinece lo es de celoso. El palacio imperial, fundado en 1703 por Muley-Ismael, guardaba sus cuatro mil mujeres, y sus ochocientos sesenta y siete hijos; tenía dos millas de circuito y estaba adornado de columnas de mármol, traídas en parte de la arruinada ciudad de Faraón, cercana á Mequinez, y en parte de Liorna y de Marsella. Había en ella un grande alcázar, en el cual se vendían los tejidos y estofas más ricos de Europa; un vasto mercado unido á la ciudad por medio de una calle adornada con más de cien fuentes; un inmenso parque plantado de olivos; siete grandes mezquitas; una formidable guarnición de artillería, que tenía á raya á los berberiscos de las montañas vecinas; un tesoro imperial de quinientos millones de pesetas y una población de cincuenta mil habitantes, que eran considerados como los más cultos y hospitalarios de todo el Imperio.

En voz baja, con ademán misterioso, describíanos Selam el lugar donde se hallaba encerrado el tesoro, que nadie sabe á cuánto alcanza; pero de seguro debió disminuir notablemente con motivo y á consecuencia de la última guerra, dado que merezca aún el nombre de tal.

— Dentro del palacio del Sultán, — decía aquél, — existe otro palacio todo de piedra petrificada, iluminado por encima y rodeado de tres cercos de muralla. Penétrase en él por una puerta de hierro, después de la cual se encuentra otra puerta de hierro, y luego todavía otra puerta de hierro. Después de estas tres puertas se halla un corredor bajo y oscuro, al

través del cual es indispensable andar con luz, y el pavimento es de mármol negro, las paredes negras y negras las bóvedas, y el ambiente que en él se respira, huele como si fuese el de un sepulcro. En el fondo del corredor se halla una inmensa sala, y en medio de ella una abertura que conduce á un subterráneo profundo, en el cual trescientos negros, cuatro veces al año, arrojan á paladas las monedas de oro y de plata que envía el Sultán. Éste presencia la operación. Los negros que trabajan en la sala se hallan encerrados en el palacio para todo el resto de su vida: los que están en el subterráneo sólo muertos pueden salir de él. En derredor de la sala existen diez tinajas que encierran las cabezas de diez esclavos que un día intentaron cometer un robo. Y Muley-Sulimán hacía cortar la cabeza á todos cuantos habían trabajado en guardar el dinero, en cuanto habían terminado la labor, y no hay hombre alguno que haya salido vivo de dicho palacio, fuera del Sultán nuestro señor.

Y refería todos estos horrores, sin dar la más insignificante muestra de indignación, antes al contrario, casi con acento de indefinible complacencia, como si se tratara de un hecho fatal y sobrehumano, respecto del cual no debiese el hombre juzgar ni experimentar, en todo caso, más sentimiento que un respeto misterioso.

—En otro tiempo había en Mequinez un rey, — continuó con inalterable gravedad, siempre de pie junto á nuestra tienda y puesta una de sus manos sobre la empuñadura de la guma, — que se propuso abrir una calle desde Mequinez hasta Marruecos, flanqueada por dos grandes muros, para que hasta los ciegos, sin necesidad de guía, pudieran trasladarse de una á otra de ambas ciudades. Y este rey perverso y cruel poseía un anillo por medio del cual podía llamar en su auxilio á

todos los demonios del infierno. Y los llamó y les hizo trabajar en abrir el camino. Eran miles de miles, y cada uno de ellos acarreaba piedras, que cien hombres reunidos no habrían logrado menear de su sitio, y aquellos que se resistían á trabajar, el rey mandaba emparedarlos vivos, y esta es la hora en que todavía pueden verse sus huesos. (En efecto, vense aún; pero son huesos de esclavos cristianos y se encuentran en gran número en las paredes de Salé y de Rabat). Y ya los dos muros tenían más de una jornada de largo, y todos se regocijaban considerando que el camino se concluiría antes de mucho tiempo; pero aquel rey displacía á Alá y Alá no quiso que el camino se concluyera. Un día, pues, que el rey paseaba á caballo, acercósele una pobre campesina y le dijo: —¿Adónde quieres llegar por medio de este camino, rey temerario? — ¡Al infierno! — contestó el rey malhumorado. — Húndete, pues, en él, — gritó la mujer. — E instantáneamente el rey cayó muerto, y los muros se derrumbaron, y los demonios desparramaron las piedras por la campiña y el camino quedó sin concluir para siempre jamás.

— Dime, Selam, — le pregunté, — ¿y tú crees que cuanto me has contado sucedió realmente?

— Es natural, — contestó maravillado de mi incredulidad.

— ¿Y crees también en los demonios?

— ¿Pues no he de creer? ¿Por ventura no debe creerse en los demonios?

— ¿Pero los has visto alguna vez?

— ¡Nunca! Y por esto creo que ya no los hay sobre la tierra, y cuando oigo decir: Guardaos de pasar de noche por tal ó cual sitio, porque en él están los demonios, me voy inmediatamente hacia el mismo, procurando pasar el primero, porque sé que los demonios son hombres, y yo con un buen

caballo entre las piernas y una buena espingarda en la mano, no temo á ninguno.

—¿Y por qué razón, ya que según crees, hubo demonios en otro tiempo no los hay ahora?

—¡Toma!—repuso alejándose,—porque en otro tiempo el mundo no estaba como está al presente. Y sino, preguntaré yo á usted, ¿por qué en otro tiempo los hombres eran más altos, los días más largos y las bestias hablaban?

Y se fué moviendo la cabeza á uno y otro lado en ademán de compasión.

Aquel día, con motivo de comer el embajador en Mequinez, Selam y los demás soldados no hicieron más que galopar continuamente de la ciudad á la tienda y de la tienda á la ciudad, con gran satisfacción de los pintores y mía, por lo mismo que hasta aquel momento no habíamos fijado la atención en el ridículo que resulta del contraste entre la grandeza de su aspecto y la humildad de su oficio. Contémplese sino al criado Hamed, montado en un soberbio caballo negro que sale á galope por una de las puertas almenadas de Mequinez, y á escape tendido se lanza luego al través de la campiña. Su elevado turbante iluminado por el sol, brilla con la blancura de la nieve; su amplia capa azul flota al viento con la belleza de un manto real; su puñal resplandece; todo su continente, gracioso y varonil, respira la majestad de un príncipe y la gallarda altanería de aguerrido campeador. ¡Cuántas vagas imágenes suscita en la mente aquel jinete musulmán que vuela cual ser fantástico cabe los muros de antiquísima ciudad! ¿Dó se encamina? ¿Corre tal vez hacia la ciudad de Faraón, para arrebatár al bajá aquella de sus hijas que goza fama de más hermosa? ¿Iría tal vez á desafiar el valeroso cadí de

Uazzan, desposado con la mujer á quien él amaba? ¿Dirígesse por ventura á confiar sus cuitas y desahogar su corazón en el seno del anciano venerable, que hace ochenta años eleva al cielo sus plegarias desde la sacra *zauia* de Muley-Edris, situada en la cima del monte Zerhun?

No; viene al campamento en busca de un plato de patatas fritas para la comida del embajador.

Al caer el día, los pintores y yo nos dirigimos á la ciudad, jinetes en nuestras mulas, acompañados por cuatro soldados de infantería del gobernador de Mequinez, que dejaron las espingardas, proveyéndose en su lugar de varapalos y cuerdas de nudos, por lo que pudiera suceder. Antes de ponernos en camino, convinimos, sin embargo, sirviéndonos del intérprete Hamed, que en cuanto nos vieran dar á los tres alguna palmada, fuera el que se quisiera el punto de la ciudad en que nos halláramos, por el camino más corto, nos traerían de nuevo al campamento.

En semejante disposición nos dirigimos á la ciudad, encontrándonos de improviso en el centro de ella después de haber atravesado dos puertas separadas entre sí por medio de una agria pendiente. La primera impresión fué por demás agradable. Mequinez, que imaginábamos más triste y melancólica que Fez, su hermana, es por el contrario una ciudad alegre, llena de verdor, cruzada por diferentes calles tortuosas, pero anchas y formadas por casas bajas ó cercas de jardines de escasa elevación, que permiten distinguir á lo lejos las cimas de las bellísimas colinas que la ciñen en derredor. Doquiera vense surgir por entre las casas esbeltos alminares, graciosas palmeras, muros almenados; á cada paso se encuentran regocijadoras fuentes ó puertas adornadas de bellísimos arabescos;